

V. Gómez Oliver, *Retablo de Nueva York*, edición bilingüe, versión castellana de Manuel Vázquez López, prólogo de Félix Fanés, Madrid, Huerga y Fierro editores, 2017, 134 pp.

Escritor polifacético, jalonan la trayectoria literaria de Valentí Gómez Oliver (Barcelona, 1947) obras de distintos géneros, entre los que figuran, en prosa, la narrativa, el libro de viajes, el ensayo y, en verso o en prosa poética, en este supuesto escrita en catalán, la creación lírica. En lengua catalana fue compuesto *Or verd*, conjunto editado en 2005. En el año 2017 publicaba el autor *Retablo de Nueva York*, en edición bilingüe, ocupándose Manuel Vázquez López del traslado en español. Huerga y Fierro, acogiéndolo en la colección Signos, se ha ocupado de editar este libro, ilustrado con dibujos originales debidos al propio poeta. La obra va precedida de un prólogo a cargo de Félix Fanés.

Interesantísimo resulta el preliminar de Fanés para *Retablo en Nueva York*. En él se valoran las ilustraciones de Gómez Oliver, sus poemas y algunos de los nexos susceptibles de establecerse entre ambas modalidades creacionales. Respecto a los dibujos, destaca el prologuista el sello particular que evidencian, consistente en su carácter sensual y afiligranado, su rebosante torrencialidad, así como su peculiar ritmo interior. Por lo que hace a las composiciones poéticas, a su entender lo más relevante en ellas serían las variadas mezclas rítmicas que las sacuden. Asentado esto, a dibujos y poemas los emparentaría el hecho de albergar confluencias musicales distintas, a veces contrapuestas.

Es bien sabido que la presencia de Nueva York en la poesía hispánica ha sido abundante, y que a esa urbe se la ha perfilado desde muy diferentes puntos de vista, no solo cuando inspiró poemas o grupos de textos poéticos, sino cuando ha dado ocasión a conjuntos líricos completos, como por ejemplo el conocidísimo *Poeta en Nueva York* de García Lorca, autor y poeta que son un referente inexcusable para Gómez Oliver, o el *Cuaderno de Nueva York* de José Hierro. Si se contrastan estos dos libros con *Retablo de Nueva York*, un distingo los separa con relación al debido al poeta de Barcelona. Gómez Oliver es, de los tres autores, quien más y mejor ha conocido ese ámbito urbano, en virtud de sus largas estadías en él. Gracias a ese hecho, y a la perspicacia con la que supo captar los palpitos múltiples de esa urbe, su pluma ha podido adentrarse en este medio más hondamente que los otros dos grandes poetas nombrados, y ha podido insertar asimismo algunos de sus recuerdos de índole “intra-histórica” vividos allí, evocados en el poema en prosa “God bless you”.

Edificios emblemáticos, calles, plazas, avenidas, barrios, atmósferas, evocaciones de escritores, y las gentes tan diversas y peculiarísimas como proliferan en la ciudad y en la obra a ella dedicada son vistas, leídas, y reflejadas de modo que nos revelan a un atento explorador urbanita y conspicuo analista de ese lugar de referencia mundial. En la vibrante visión de Gómez Oliver aflora lo más positivo y enriquecedor de Nueva York, así sus energías artísticas, pero también salen a relucir sus más crudas carencias,

y sus realidades cotidianas más sencillas, hacia las cuales la empatía del hablante se percibe muy acusada. Gómez Oliver constata la deshumanización que se da en Nueva York, pero señala también a la ciudad como enclave propicio para la fraternidad, y en gran medida a vueltas de la deshumanización misma.

Aun cuando Walt Whitman protagoniza un elogioso poema de *Poeta en Nueva York*, el escritor de Long Island no es fundamental en la referida obra lorquiana, muy poco influida por el estadounidense. En cambio, sí lo es en *Retablo de Nueva York*. De algún modo ya lo preanunciaba Valentí Gómez Oliver mediante las tres citas whitmanianas que puso al frente de su obra. Y no es baladí añadir que es el poeta con más citas previas, por delante del siguiente, García Lorca. Añádanse las referencias al autor de *Leaves of Grass* que se muestran en el libro, por ejemplo en el poema “Brooklyn”, y en el titulado “Harlem, ¡despierta!”, en el cual se lo imagina viajando quizás “en ferry/ de Brooklyn, donde vivía,/ a la isla de Manhattan,” (103). Imaginación bien verosímil, por cierto, y que puede apoyarse en la cita tercera que de Whitman se adujo antes de comenzar *Retablo de Nueva York*.

No son, empero, tales menciones explícitas la prueba más cabal de la incidencia de Whitman en el libro, sino la impronta dejada en el modo de referirse a las realidades del entorno, y de expresarlas. Aludo a esa clase de escritura whitmaniana tan reconocible como suya en la que se va plasmando lo que se capta, y se va enumerando acumulativamente lo que se está diciendo de guisa que se asiste a una suerte de catarata verbal. Ese tipo de praxis literaria se hace ostensible sobre todo en uno de los mejores poemas de *Retablo de Nueva York*, el que precisamente lo abre, titulado “Skylines”, y en determinados momentos de otra composición señera, la ya mencionada que se inspira en Harlem, tan fascinante y entrañable para el dicente del libro. Siendo así, cabe añadir que el autor ha demostrado con creces que es uno de los líricos peninsulares contemporáneos en los que el legado del poeta neoyorkino se ha asumido y asimilado de manera más consciente, decidida y lograda.

Tocante a la lengua literaria de *Retablo de Nueva York*, la caracteriza su notable dimensión poética y las ya comentadas variaciones rítmicas que la vertebran, así como su coloración lúdica, atestiguada en aspectos varios, una muestra de los cuales son las rimas de marchamo irónico, toque que presentan algunas de la composición “Skylines”, o los juegos rimados de la titulada “Bronx”, o el diseño caligramático de parte del poema “Manhattan”, o la retahila de enumeraciones numeradas de “Brooklyn”, texto que finaliza en acróstico. Notables son también los poemas en prosa que contiene este libro sorprendente donde conviven diferenciados planteamientos de concepción y de escritura. En uno de esos poemas, el titulado “I like your shirt”, se inserta una inesperada e insólita disquisición erudita sobre el fonema ese. El decurso de la lectura de este texto puede dejar atónitos a muchos lectores, que difícilmente no admirarán el conseguido clímax culminante al que supo llevarse tan diestramente la composición.

José María Balcells